



## Aporte Ecológico a la homilía del domingo. Alejandro Londoño Posada, S.J.

### Domingo XXX del tiempo ordinario - Ciclo C - (27 de octubre de 2013)

Hoy se habla de *ciudades verdes*. Y se hace énfasis en que unas ciudades que cuiden los espacios verdes (prados, jardines, arboledas, etc.) son obviamente fuentes de salud física y mental. Una persona que respira un aire puro, que camina con un paisaje delante, bien limpio, bello, inspirador, logra pulmones sanos y mente sana.

La realidad que vemos casi nunca es así. En especial en los barrios pobres. Gente venida hace poco del campo, por necesidades económicas o por desplazamientos causados por la guerrilla, los paras o bandas criminales, se ve obligada a vivir en una *ciudad gris*: cemento, asfalto, barro, suciedad. Todo menos árboles y prados.

La primera lectura presenta a un *“Dios justo y que no hace discriminaciones. No favorece a nadie con perjuicio del débil, sino que escucha las súplicas de quien es agraviado. No desatiende el gemido de un huérfano, ni el continuo lamento de una viuda”* (Eclesiástico 35, 12-15).

Jesús nos invita durante toda su vida a imitar la acción de Dios. Por tanto nos deja la responsabilidad de luchar por ciudades verdes. A sembrar árboles *“hermosos de ver y buenos para comer”* (Génesis 2,9). Para este fin nos dejó sembrado en nuestro espíritu árboles *“del conocimiento del bien y del mal”* (Gen. 2,9).

La gente pobre y sencilla acude a la oración pidiéndole la salud, la sanidad mental, para sí y para sus parientes. En este sentido podemos decir que: **“La oración del humilde traspasa las nubes y no descansa hasta llegar a Dios; no desiste hasta que el Altísimo lo atiende, y como justo juez, restablece la justicia”** (Eclesiástico 35,17-18).

Jesús a nuestros afanes nos responde invitándonos a vivir la Bienaventuranza y a ponernos a favor del pobre y no del explotador, del que llora y no del que hace llorar, del pacífico y no del violento, del perseguido y no del perseguidor. Y en el capítulo clave de Mateo (Mt.25, 31.46) nos dice cuál es la clave para salir con éxito en el juicio final sobre nuestro comportamiento. Aplicándolo a nuestro caso, diríamos: Me diste de comer, comida sana; me diste de beber, agua limpia; me hospedaste en ciudades verdes y no asquerosas; así me defendiste de las enfermedades gracias a un ambiente sano.

Qué triste que nos contentáramos con decir como el fariseo: *“Te doy gracias porque no soy como los demás hombres, ladrones, desleales, adúlteros”* (Lucas 18,11). Es decir con las palabras de tantos habitantes de las zonas privilegiadas de las ciudades: No soy como esos habitantes de los barrios marginados, de las *favelas*, de los tugurios... En lugar de tomar las palabras del recaudador de impuestos y reconocer nuestros pecados de omisión al respecto de la

propuesta de una Ciudad Verde: ***“Oh Dios, ten compasión de mí que soy un pecador”*** (Lucas 18, 13).